

ESCENA II

FERNÁN GONZÁLEZ, EL ALCAIDE al paño y después
DOÑA SANCHA

ALC. Condesa,
Advierte que manda el rey
Que antes que pase una hora
A Castilla has de volver;
Y por la puerta secreta
Que al campo da, esto ha de ser,
Donde para abrirte espera
Un guardia; y allí también
Te aguarda con tus caballos
Tu gente.
SANCHA. (Saliendo y adelantándose.)
Andad; está bien.

ESCENA III

FERNÁN GONZÁLEZ, DOÑA SANCHA

SANCHA. ¡Querido esposo!
FERNÁN. ¡Cielos! ¡Sancha mía!
SANCHA. Concédeme, señor, que yo tus plan-
(tas
Bese mil veces y en mi llanto bañe.
¡Cuál mis ojos te ven! ¡Ah! no son estos
Aquellos lazos, no, que te estrechaban
Dulces y hermosos, cuando en Burgos,
(conde,
Feliz amor á entrambos enlazaba.
¿Quién, oh sol de mis ojos, pensaría
Que en hierros y cadenas se trocaran?
Pero ¡ay! no llanto en tan amargo trance
Te pide amor al corazón; venganza,
Venganza solamente.
FERNÁN. Mal pudiera
Sus agravios vengar quien torpe arrastra
Viles cadenas. No: morir vilmente,
Ofendido, humillado, sin mis armas
Puedo sólo esperar. ¡Oh! si matando,
Morir siquiera de feroz batalla
Pudiera entre el estruendo! Digna enton-
(ces
Mi muerte fuera de mi vida: aciaga
Tal dicha, empero, me robó fortuna.
Mas ¿vos... y en este traje disfrazada?
Pues ¿cómo, cuando en Burgos os creía,
En estos muros mi cariño os halla?
¿Quién nuevas os llevó? ¿Cómo pudis-
(teis
De mis guardas burlar la vigilancia?
SANCHA. Ora deja, señor, de mi venida
De preguntarme la ocasión ni traza.
Apenas tiempo de acordar tenemos

Qué nos resta que hacer. Aun la esperan-
(za

Vive en mi corazón; sí, que á tu lado
Ya no soy yo, mi bien, tan desgraciada.
Ya en León estoy, ¿y lo demás qué importa?
Contigo sé morir: esto te basta.

FERNÁN. ¡Morir, Sancha! Jamás: no ha de bas-
(tarme

Valor para envolverte en mi desgracia.
SANCHA. No más quejas, no más: deja á los viles
Que al peso del dolor rindan el alma.
Los fuertes también triunfan cuando caen:
Que es más grande y mejor la dura carga
Soportar con paciencia, aunque tus hom-
(bros

Oprima con dolor, que no arrojarla.
¿Qué los vencidos por tu antiguo esfuerzo
De tu pecho dirán cuando la fama
Tu flaqueza divulgue, cuando diga
Que aquel que los venció también tem-
(blaba?

¿Qué Castilla dirá? Sí, que otro aliento
Muy más heroico de su conde aguarda.
No á nosotros tan sólo nos debemos,
Que también somos feudo de la patria.
Esa Castilla mesma que te adora,
Luego que tu prisión se divulgara
Su fe con noble ardor acreditando
Para vengarte se arrojó á las armas.
Tus ricos-hombres todos, tus vasallos
En el monte emboscados, á la entrada
De la ciudad, con impaciencia esperan
Que les dé la señal de la venganza.
El fiel Gonzalo los gobierna y rige.
Todos ardiendo en vengadora saña,
Al Dios del cielo, que castiga y premia,
Sobre la cruz juraron de su espada
Libertarte ó morir.

FERNÁN. ¿Qué es lo que escucho?
¿Y cómo salvaremos las murallas
Guardadas de continuo, inaccesibles,
Que de tantos valientes nos separan?
¿O pensasteis acaso que segura
Estará nuestra vida en este alcázar
Si el insensato arrojó de los nuestros
Esta ciudad en su impaciencia asalta?
¿Yo he de sufrir sin pelear y ocioso
Que harto fiel con su sangre derramada
Castilla me rescate, con las manos
Vacías, aherrojadas, de las armas
Escuchando el rumor y los gemidos
De los que muertos por salvarme cai-
(gan?
Nunca; jamás. A los valientes diles

Que Castilla en su seno alimentara,
Que nunca olvidará Fernán González
Cuánto le debe á su lealtad extraña.
Que las armas dejando, á sus hogares
Se vuelvan, y que el conde se lo manda;
Que sólo así cuanto por él hicieron
Puede ahora pagar, y así lo paga.
SANCHA. ¿Que ellos las armas dejen? Por ven-
(tura

Piensas, Fernán González, que lograra
Sin tí volverlos nadie á sus hogares?
Ellos juraron, y la ardiente llama
Que arde en su corazón de amor al conde
Nadie puede entibiar. No le enseñaras
Tú á ser grande á Castilla, á ser heroica,
Y acaso en tu defensa no se alzara.
No hay tiempo que perder. Oyeme. Un
(medio

Podemos aun probar: con cuatro guardias
Por la puerta secreta, que da al campo,
La entrada se defiende de este alcázar,
Que el ser aquesta parte inexpugnable
La precaución excusa: el rey me manda
Que salga por aquí: la noche oscura
Con sus negras tinieblas nos ampara.
Viste mis ropas, y engañados todos
Creerán ver en el bulto á doña Sancha.
FERNÁN. ¿Quién? ¿Yo cubrirme con ropajes
(vuestros?

¿Yo á los cobardes esconder mi cara?
SANCHA. ¿Qué importa que la escondas un mo-
(mento
Si luego más terrible has de enseñarla?
Al campo sal, y en el oscuro bosque
Que circunda á León de espesas hayas,
Ruinado, inmenso, colosal, suntuoso,
Un monumento antiguo se levanta.
Templo fué de Minerva, cuando Roma
Sus dioses y sus leyes dió á la España.
Hoy nada es ya: pero en su seno esconde
Los leales castellanos, que allí aguardan
Que un héroe los conduzca á la victoria.
Corre, Fernán González.

FERNÁN. ¡Prenda amada!
SANCHA. Yo aquí me quedaré, del rey don
(Sancho

A templar el enojo, y á una flaca
Mujer, ¿qué caballero ha de ofenderla?
No corro riesgo aquí; ninguno. Marcha.
Sin tí ¿qué hicieran los valientes todos
Contra las huestes que León prepara?
Sin tí perecerán. Tu fuerte brazo
El éxito hará cierto de las armas.
Inútil es que intentes disuadirme,

O los dos moriremos. Sí, mañana...
Aquí contigo he de esperar... escucha...
Segará un vil verdugo tu garganta,
O en un encierro eterno, mutilados
Los ojos...
FERNÁN. ¿Qué decís? ¿Así se trata
A un nieto de Porcellos, el que á Burgos
De muchos pueblos, por blasón, fundara?
SANCHA. ¡Lejos de mí tan espantosa imagen!
Antes que sobreviva á tal desgracia
Mira este acero que, escondido, el punto
De derramar mi sangre sólo aguarda.
Elige, pues, en fin.

FERNÁN. ¡Sancha!
SANCHA. Resuelve.

Mira á Castilla, triste, abandonada,
Ser presa de León, y al torpe yugo
Dar la cerviz; y mira cuál la amaga
El moro cordobés, perdido el brazo
Que del fiero Almanzor sólo atajaba
La ardiente furia. En fin, ¿un nombre vano
Para tí será el nombre de la patria?
¿Y tú al amor la inmolarás cobarde
De una débil mujer? ¡Cielos! La fama
á par que tu prisión rauda publica
También las nuevas lúgubres propaga
Que á entrar de nuevo al castellano suelo
Sus banderas los bárbaros preparan.
No ya por mí, que con estéril llanto
Que corras á vencer pido angustiada;
No ya por mí, cuyas caricias tiernas
Sin duda has olvidado; por la España,
Que más de tí esperó: vuela, bien mío.
Salva, Fernán González, á tu patria.
Inútil le es tu muerte: ella lo pide.
Toda Castilla, conde, y doña Sancha,
Los dos objetos de tu amor ardiente,
Unidos lo pedimos á tus plantas.

FERNÁN. ¡Imposible! ¡Jamás! Vano es el ruego...
SANCHA. No hay otro arbitrio... sí... sígueme y
(calla.

Urge ya el tiempo y la ocasión. ¿No escu-
(chas
Los cerrojos crujir? ¿no oyes pisadas?
FERNÁN. ¡Oh mujer celestial! ¿yo abandonar-
(te

Sola y aquí?... Jamás.
SANCHA. No abandonada
Estaré, cuando tú, venciendo, libre
Contra León empuñarás la lanza.
Antes de una hora en mi veloz caballo
á nuestros tercios en el bosque alcanzas.
Aquí es fácil que el caso no descubran,
Pues yo he de procurarlo, hasta mañana.

Nadie espera este golpe; de improviso
Puedes dar el asalto antes del alba.
La confusión, la noche, la sorpresa...
Todo, en fin, la victoria te afianza
Antes que aqueste engaño se trasluzca.
Pero el tiempo veloz corre, y... ya basta.
Por la postrera vez... elige: ó quieres
Que este acero...

FERNÁN. Detente, esposa!
SANCHA. Marcha.

Nada escucho.

FERNÁN. ¡Mi bien!

SANCHA. Nada,
FERNÁN. Pues sea.

Pero ¡ay! ¡cuánta amargura me preparas,
Si descargando sobre tí don Sancho,
Dulce esposa, en mi ausencia, su venganza,
Sólo entro aquí, con el estéril gozo
De vengarte, mi amor. ¡Ay! ¡Quién librara
Al rey don Sancho de mi furia? Tiemble,
Tiemble entonces León. Oh tú, que ampa-

(ras,
Gran Dios, á la inocencia desde el cielo;
Si siempre presenté sobre tus aras
Un corazón cristiano, si en el campo
Yo vencí tantas veces por tu causa,
No permitas, Señor, que el ciego enojo
Convierta el rey cruel contra la infanta.
Ampárala, gran Dios: yo á tu custodia
La fío y la consagro: por mi patria
Corro á verter la sangre, que en defensa
De tu fe, tantas veces derramara.
Si he de encontrarla víctima á mi vuelta,
Hiéreme con tu rayo antes que parta.

SANCHA. Ya se acerca el rumor, esposo: huya-
(mos.
No abandonemos la última esperanza.
(Vanse.)

ESCENA IV

REY, CONDE DE MONZÓN, ALCAIDE

ALCAIDE. Fuerza es, gran señor, que el conde
Aun esté con la condesa,
Aunque el salir debe ser,
Como mandó vuestra Alteza,
Por la entrada que hacia el campo
Esconde la oculta puerta,
Porque á compasión el pueblo
Con su vista no se mueva.

REY. ¿Entró alguno á ver al conde?

ALCAIDE. Nadie más que la condesa.

REY. Bien está: cuidad en tanto
Que nadie pase las puertas.

Y entrad, y al conde decidle
Que un gentil hombre le espera,
Quien quiere á solas hablarle,
Y esto, añadid, le interesa
A su vida.

ALCAIDE. He de buscarle,
Que aunque él aquí estar debiera,
Para divertir su enojo
Tal vez su estancia pasea,
Que es grande la torre; acaso
Viendo está por las almenas
Los campos tristes que envuelve
La oscura noche en tinieblas,
Que en tales cuadros se agradan
Los tristes con complacencia,
Si á despedir no ha salido
A su esposa hasta la puerta.
Yo, como tu alcaide y siervo,
Le he de buscar por toda ella,
Y en diciéndole el recado,
Que me manda tu grandeza,
Volveré á traerte luego
De tu preso la respuesta. (Vase.)

ESCENA V

REY, CONDE DE MONZÓN

REY. Yo mismo á la torre vengo,
Porque mi madre no advierta
Esta visita que acaso
En palacio ver pudiera.
Aquí, depuesta del trono,
Conde Monzón, la grandeza,
Como simple caballero,
Mi antigua amistad intenta
Hablar al conde á mis solas;
Que mucho creer me cuesta,
Sin poderosa ocasión,
La traición que le condena.
Acaso ya arrepentido
De su primitiva idea
Me descubra sus intentos,
Y acaso, Monzón, aun pueda,
Más que le pese á mi madre,
Hoy salvarle la cabeza.
¡Oh, si penetrar pudiese
Cuanto mi pecho lo anhela!
Rinda nuevo vasallaje
A mi corona y mi alteza,
Jure á fe de caballero
Hacer con León eterna
Alianza, y aun el perdón
De su pasada flaqueza
Lograré de su consejo,

Que á su castigo me fuerza.
MONZÓN. Eso al influjo se debe,
Tal vez, de doña Teresa.
Tan sólo don Nuño Ansurez
Y otros tres, á la clemencia
Se inclinan; que á los más grandes
Les puede dar la grandeza
Del conde enojos, y acaso
Con su muerte ellos quisieran
Estorbar que en adelante
Tanta sombra les hiciera.
Y yo en verdad mucho temo
Que contener nadie pueda
A doña Teresa; jura
Por las calles y plazuelas,
Excitando al pueblo todo
A imitar su saña fiera,
Que no ha de salir ninguno,
Ni el conde ni la condesa
De aquí, porque su venganza
Quiere dejar satisfecha;
Y aun más que á Fernán González
Maldice á su hermana mesma,
Empero, mirad que alguno
Hacia nosotros se llega...
Si no me engaño, el alcaide.
REY. Oigamos lo que contesta.

ESCENA VI

Dichos, y el ALCAIDE azorado

ALCAIDE. Gran señor, inútilmente
Por toda la torre entera
Buscó al conde mi cuidado,
Pues que en ella no le encuentra.

REY. ¿Qué decís?

ALCAIDE. Pero su esposa
Aun no dió á Burgos la vuelta,
Y preguntada, responde
Con natural extrañeza,
Que el conde con ella estaba,
Y en la torre estar debiera.

REY. ¡Santo cielo! ¡así guardáis
Los presos que se os entregan?

ALCAIDE. Señor... yo... si... al mismo punto
Se escuchan voces diversas
Que en el puente y el rastrillo
Y de las murallas fuera,
Señal de algún alboroto
Son, que vuestra madre intenta;
Y en la confusión tan sólo
Pude oír por las troneras
A los guardas del alcázar
Gritos de ¡venganza! ¡muera!;

Y aun, gran rey, si no me engañan
De lejos las apariencias
A entrar aquí se dirige
Esa muchedumbre fiera.
REY. ¿Qué pensáis, Monzón, de aquesto?
Forzoso es que yo lo inquiera.
ALCAIDE. Mas ¿no escucháis el estruendo?
¿No oís el rumor más cerca?
Corro á estorbar que la turba
Entrando hasta aquí os ofenda. (Vase.)
REY. ¿Qué hacer, Monzón? Pero ¿qué oigo?
¿Qué ruido, qué alarma es ésta?
TERESA. (Dentro.) ¿Quién me osa negar la en-
(trada?)

Villanos, romped las puertas
Si insisten los miserables,
Por su mal, en defenderlas.
REY (á Monzón.) Ya, Monzón, el descubrirme
En tan rudo trance es fuerza.
MONZÓN. No expongas, señor, tu vida;
Yo saldré, don Sancho: espera.
A tu lado va, señor,
Don Osorio en tu defensa.

ESCENA VII

Dichos, DOÑA TERESA y los suyos

Soldados y pueblo de León agolpándose á las puertas; entran
varios con teas

DOÑA TERESA

¡Venganza, cielos, venganza!
¡Mueran Sancha!... ¿El rey? ¡Ah, ciertas
mis sospechas son.)

REY. Teneos.

¿Dónde vais de esta manera?
¿Quién para tal desacato
Os dió, señora, licencia?
¿Nada está de vos seguro?
¿Qué ocasión, qué nueva ofensa
Para forzar este alcázar
A tan grande exceso os lleva?
¿Donde á un preso de alta clase
Se le custodia y encierra?

TER. ¿Qué es preso ya? ¡Fementido!

¿Yo he de oírlo con paciencia?
Cuando sé que el conde lejos
Libre los campos pasea,
Vengo, Sancho, y os encuentro
Solo aquí con la condesa
Disfrazada y...

REY. ¿Será cierto?

¡Corrido estoy de vergüenza
Y de rabia!

TER. No finjais.

Mal el disimulo os sienta.
 REY. ¿Qué decís, que no os entiendo?
 ¡Por San Pedro de Cardeña!
 TER. ¿Con que no sabéis que al conde
 Le visitó la condesa,
 Para dejarle su traje,
 En su lugar quedando ella?
 ¿Que, ya en el rastrillo, un guardia
 Le conoció, y resistencia
 Yendo á hacer, con un puñal
 A dos derribó por tierra;
 Y espantados los demás
 De sus bríos y sus fuerzas,
 A su nombre que les dijo,
 Dejan temblando las puertas?
 ¿Quién, si vos no le amparáis,
 A tal acción se atreviera?
 REY. ¿Yo ampararle que el castigo
 le previne?
 TER. Enhorabuena.
 Antes que mañana luzca
 De Febo la luz primera,
 Veréis asaltar los muros
 De León y su ciudadela,
 Por los tercios castellanos,
 Su caudillo á su cabeza.
 Que inútilmente lo siguen
 Por el campo á rienda suelta
 Los soldados, pues lo amparan
 Su caballo y las tinieblas.
 Y esa loca, que ha nacido
 Mi hermana para mi mengua,
 Si hoy mediador ha encontrado
 Para enfrenar mi violencia,
 No ha de librarse algún día
 De mi venganza. ¡Yo ciega
 De cólera estoy! Lo juro
 Por la sangre que la tierra
 Bebió de don Sancho Abarca,
 Mi muerto padre, que muerta
 Sólo, cadáver, su esposo,
 Aunque entre en León por fuerza,
 La ha de sacar, y lo juro
 Por esta misma cabeza
 Que sobre el robusto cuello
 Para daño suyo alienta.

ESCENA VIII

Dichos, DOÑA SANCHA

(Al salir á la escena se quita y arroja la loriga del conde que se supone haberle dejado éste y queda en traje blanco.)

DOÑA SANCHA

SANCHA. Sí, mujer feroz; ya basta
 De fingimientos: sí, aquesta

Es doña Sancha, y su triunfo,
 Sábelo, y su gloria es esa.
 REY. ¡Oh Dios! ¡Qué traición! ¡Vos... Sancha!
 SANCHA. Sí; mañana, aunque hoy yo muera,
 Vencedor entrará el conde
 Y vengará sus ofensas.
 TER. En tanto que en necias pláticas
 Inútil el tiempo vuela,
 Acudamos al remedio.
 Rey don Sancho, si tú esperas
 Vilmente ocioso en tu corte
 Que á quitarte el trono yéngan,
 Mejor por tus intereses (*con ironía*)
 Tu madre incesante vela.
 (*Vase.*)

ESCENA IX

REY, MONZÓN, DOÑA SANCHA

REY. Conde ilustre, sus miradas,
 Su acento, todo me aterra:
 A las murallas corramos,
 A que guarden bien las puertas,
 Y á evitar los desenfrenos
 Que ya mi madre fomenta.
 Vos, señora, aunque confieso
 Y admiro vuestra grandeza,
 Advertid que el rey don Sancho,
 Aunque burlado se vea,
 Sabrá defender su trono,
 Mas que en su defensa vierta
 Cuanta sangre real de godos
 Corre hirviendo por sus venas.
 SANCHA. Oye, don Sancho: repara
 Que ya no está en tus cadenas
 El conde Fernán González,
 Y que de tí pende entera
 La suerte que hoy á tus reinos,
 Y á tu mismo trono espera;
 Que el que gobierna en Castilla
 Nunca abusó de su fuerza,
 Pero si al rigor le obligas,
 Mañana, don Sancho, tiembla.

ACTO QUINTO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

REY, MONZÓN

REY. Acaso extraño el partido
 Os parecerá, Monzón,

Que tomo en esta ocasión;
 Empero está decidido.
 Quiero que hoy mismo en los brazos
 De su esposo, la condesa
 Quede, aunque doña Teresa
 Quisiera apretar sus lazos.
 Que es doña Sancha mi tía
 Y esto á mí me corresponde,
 Como antes prender al conde
 También me correspondía.
 No se manche nuestra gloria,
 Pues dirán que peleamos
 Con valor, porque gozamos
 De ventaja tan notoria.
 Aquesta intención aquí
 Me trae, que á mí me toca
 Hacer que ella de mi boca
 Lo venga á entender así.
 A vos, Monzón, caballero
 El más ilustre de todos,
 Pues la sangre de los godos
 Nos enlaza á entrambos, quiero
 Fiar esta comisión.
 Con otros ciento escogidos
 Caballeros, y vestidos
 Ricamente, de León
 Saldréis en noble cortejo;
 En una rica hacanea
 Vaya la condesa, y sea
 Presto; la elección os dejo
 De los que con vos han de ir:
 Sólo á don Nuño mandé,
 Supuesto que no os hallé,
 Diese orden de prevenir
 Lo necesario, y ahora
 Que estará lo más dispuesto,
 Decid qué os parece de esto
 Que ha de hacerse antes de un hora.
 MONZÓN. En nada, señor, pudierais
 Emplear más bien mi celo;
 Pluguiera, gran rey, al cielo
 Que así la paz consiguierais.
 REY. No: ¿qué es la paz? No; partid,
 Empero que no imagine,
 Aunque á ello mi acción le incline
 A mi contrario decid
 Que en trueco la paz pretendo,
 Sino que quiero orgulloso
 Vencerle en lo generoso,
 Cual caballero cumpliendo.
 Decidlo así.

MONZÓN. Gran señor,
 Está bien.

REY. Que yo á tomar

Voy mis armas, y á mandar
 La defensa con valor
 Tan luego como á mi tía
 Ponga en libertad.
 MONZÓN. Forzoso
 Ha de ser, pues temeroso
 Nos amanece este día.
 Los leoneses débilmente
 Se defienden; en los muros
 Se encierran, donde seguros
 Aun no se creen: al frente
 De los suyos, victorioso,
 Bañado en la sangre nuestra,
 Y dueño de la palestra
 El conde queda orgulloso.
 REY. Pues imagino en verdad
 Que cuando mire amparadas
 De las murallas alzadas
 Que defienden la ciudad
 Nuestras numerosas haces,
 A retirar tocará,
 Y aunque pienso que no hará
 Hasta vengarse las paces,
 No osará entrar con su gente,
 Cansada ya, los torreones.
 Recogerá sus pendones
 Y obrará más cautamente.
 Mas don Nuño apresurado
 Llega aquí, torvo el semblante;
 ¡Si osará el conde arrogante
 Dar un ataque arriesgado!

ESCENA II

Dichos, DON NUÑO

NUÑO. ¿Qué hacéis, señor, aun aquí?
 Al asalto con furor
 Se dispone el vencedor.
 Nunca más fiero le ví.
 REY. ¿Y abandonáis, don Nuño, la defensa?
 NUÑO. Gran rey, cuando arrimadas mil escalas
 Al fuerte muro de León, que tiembla,
 A tí y á tu corona amenazaban,
 Logré á los nuestros rehacer: más grande
 Encuentro, más feroz, señor, Simancas
 No le viera en sus campos; pero el conde
 Vale él solo por mil en las batallas.
 Como un coloso inmenso, infatigable
 Entre la muchedumbre horrorizada
 Fiero descuella, y filas de soldados
 Derribá cada golpe de su lanza.
 Más terrible á los moros en Clavijo
 No apareció Santiago por España.
 Yo le miro lidiar, miro á los míos